

Imagen de Italia en las crónicas de viajeros cubanos decimonónicos

Image of Italy in the chronicles of nineteenth-century Cuban travelers

*Elina Miranda Cancela**

DOI 10.54103/criando.200.c338

RESUMEN

Aunque en el siglo XIX eran frecuentes las crónicas de viajeros europeos por tierras de Latinoamérica, incluida Cuba, son pocas las publicadas por viajeros cubanos sobre sus estancias por Europa. En distintos momentos Antonio Guiteras (1823-1893), Enrique Piñeyro (1839-1911) y Aurelia Castillo de González (1842-1920) visitan Italia y hacen de una manera u otra a sus coterráneos partícipes de sus apreciaciones y juicios. Aunque el primero y la última comparten el interés por el Vesubio y las ruinas pompeyanas, los tres visitan Venecia de la cual ofrecen una imagen matizada por sus propias preocupaciones y anhelos patrios, tal como presentamos en este artículo.

PALABRAS CLAVES

Antonio Guiteras; Enrique Pineyro; Aurelia Castillo; Italia; Venecia.

ABSTRACT

Although in the XIX century chronicles of European travelers through Latin American lands, including Cuba, were frequent, there were few published by Cuban travelers about their stays in Europe. At different times Antonio Guiteras (1823-1893), Enrique Piñeyro (1839-1911) and Aurelia Castillo de González (1842-1920) visited Italy and in one way or another made their countrymen share in their assessments and judgments. Although the first and

* Universidad de La Habana, Facultad de Artes y Letras
elina@fayl.uh.cu
ORCID: 0000-0001-7634-6057

the last share an interest in Vesuvius and the Pompeian ruins, all three visit Venice of which they offer an image nuanced by their own concerns and national desires, as we present in this article.

KEYWORDS

Antonio Guiteras; Enrique Pineyro; Aurelia Castillo; Italy; Venice.

En el siglo XIX eran frecuentes las crónicas de viajeros europeos por tierras hispanoamericanas, incluida Cuba. Sin embargo, es raro encontrar tales recuentos de viajes en sentido inverso, aunque la estancia en Europa se consideraba parte indispensable de la formación educativa e intelectual para aquellos que contaban con medios para ello. Si revisamos, aun someramente, las biografías de muchos cubanos ilustres de la época, se corrobora tal aserto¹; pero son pocos los que dejaron constancia de tales viajes, en los cuales no faltaba la visita a Italia, y menos aún, las publicaciones de sus impresiones.

Una de las primeras noticias sobre el sentir despertado en un cubano al viajar por tierras italianas la encontramos en una carta de José Luis Alfonso, Marqués de Montelo (1810-1881), quien con dieciocho años emprende la travesía formativa en compañía de José de la Luz y Caballero, solo diez mayor pero que era ya una reputada figura intelectual y cívica. Le escribe Alfonso a su amigo Domingo del Monte en carta del 7 de julio de 1831 que si bien no había escrito ni una letra hasta entonces se debía a que «era poco el tiempo que tenía en Italia p.* *admirar y gozar*. Sin embargo» (del Monte 2002: 93-94), dice, «he adquirido nuevas ideas y orden diverso a las que se adquieren por otros países: antigüedades, bellas artes, *lingua e pronunzio*: he aquí mis delicias.- Por último, allí he concebido la idea de una poema sobre Pompeya y sus ruinas, que será, se puede decir, mi primer ensayo

1 A manera de ejemplo entre los viajeros cubanos por países de Europa se encuentran José de la Luz y Caballero (1800-1862), José Antonio Saco (1797-1879), Domingo del Monte (1804-1853), Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874), Rafael María de Mendive (1821-1886), Francisco Calcagno (1827-1903), Antonio Mestre (1834-1887), aparte de aquellos objetos de este artículo.

poetico»² (93-94). De más está decir que, a pesar de tan buenas intenciones, el poema no llegó a escribirse³.

Poco más de una década después un cubano, Eusebio Guiteras (1823-1893), igualmente joven y ávido de conocer, anotará, casi diariamente, las incidencias de su viaje por Estados Unidos primero y después por Europa, en compañía de su hermano Antonio (1819-1901), quien por entonces había terminado sus estudios de leyes en Madrid y aspiraba a establecer, en su natal Matanzas, una institución de enseñanza⁴, proyecto que atraía grandemente al más joven de la familia, razón por la cual quiso conocer directamente los sistemas de estudios practicados en Europa, aunque no hay que descartar el vivo interés que experimentara por conocer lugares de cuya huella cultural después dejara constancia. El diario de Eusebio fue guardado manuscrito por la familia y solo hace poco más de una década fue publicado en España⁵; no obstante, el joven Guiteras, también usó sus experiencias italianas en dos de los textos, *El Vesubio* y *Recuerdo de Italia*, que escribiera años más tarde para el cuarto de sus libros de lectura, los cuales alcanzaron tiradas impresionantes para la época⁶ y sobre los que José Martí, en el obituario dedicado a su autor en el periódico *Patria*, asienta:

En sus libros hemos aprendido los cubanos a leer: la misma página serena de ellos, y en letra esparcida, era como una muestra de su alma ordenada y límpida: sus versos sencillos, de nuestros pájaros y de nuestras flores, y sus cuentos sanos, de la casa y la niñez criollas, fueron, para mucho hijo de Cuba, la primera literatura y fantasía. En Cuba tenía él perpetuamente el pensamiento, siempre triste; y había algo de amoroso en sus modales, un tanto altivos en la mansedumbre, cuando recordaba los tiempos prósperos del colegio de la Empresa, donde él ayudó a criar tan buena juventud. (1975: 270)

2 Se transcribe literalmente la anotación respetando la ortografía de la época.

3 Carta del 27 de julio de 1832 (del Monte 2002: 246).

4 Antonio se distinguiría también como traductor de la *Eneida* y autor de gramáticas. Los hermanos Guiteras –Pedro José, Antonio y Eusebio- fueron los fundadores del reputado colegio matancero “La Empresa”.

5 Aguilera Manzano (2010).

6 Según Ramón Meza: «La casa de Appleton y Co. hizo en 1886 una edición de 1,8000 ejemplares» (1908: 11).

Martí había visitado al educador ya anciano en su casa de exiliado en Filadelfia, pocos meses antes de su muerte, ocurrida solo un día después de la de su esposa, el 24 de diciembre de 1893, y la impresión recibida está presente en la breve semblanza que traza a manera de reconocimiento y ofrenda póstuma. Pero el Eusebio Guiteras que visitó países de Europa y del llamado Oriente durante unos tres años (1843-1845) era un joven de unos veinte que, después de pasar unos meses en España y Francia, saluda alborozado su encuentro con tierras italianas, avizoradas primero desde el navío y luego al desembarcar en Génova, cuyo grato clima le recuerda a su amado país natal:

Yo no olvidaré las horas deliciosas que pasé allí. Jénova es una ciudad hermosa, i luego mientras estuvimos en ella hizo un tiempo que me recordaba a Cuba, después de dos meses de invierno tristísimos en París. El cielo azul i claro, el sol caliente, un lijero aire de mar, líjero y fresco como la brisa, i un no sé qué en la atmósfera de alegre que me hacían a cada paso dar exclamaciones de contento. (Aguilera 2010: 179)

El grato clima italiano le depara el regocijo de quien regresa a sus orígenes y hasta le hacen pensar en cómo Colón, desde aquellos parajes de la bahía, avizoraba, en la lejana línea del horizonte, el nuevo mundo que le aguardaba. Pero, según se adentra en viaje hacia Roma, siente la proximidad de la realización del sueño de todo viajero, sobre todo para «un hijo de la virgen América» (Aguilera 2010: 183), como se declara. Llega a Roma en medio de la celebración de Semana Santa, y sus primeras impresiones parecen un poco decepcionantes, aunque la ceremonia que presencia cuando el Papa, desde el balcón de la fachada de San Pedro, bendice a la gran multitud congregada en la inmensa plaza, le hacen reconocer que ha encontrado la verdadera solemnidad esperada y, probablemente, esta imagen perdure en su ánimo cuando años más tarde escriba su lección sobre Italia; como igualmente se refleje en el texto la mezcla de ruinas antiguas con edificaciones u obras de diferentes épocas posteriores que encontrara en sus paseos y le hicieran reflexionar sobre la historia y destino de la gran urbe. Fue Roma la ciudad en que permaneció unos tres meses y medio al sumar sus distintas visitas, como atestigua el recuento hecho luego de su última estancia, y ya en viaje de regreso desde el Oriente experimenta ante la ciudad italiana, según escribe, «un poco de ese gran sentimiento

que siente el viajero al tocar las playas adoradas de su patria» (363).

Por ello en su *Libro cuarto de lectura* centra en Roma su *Recuerdo de Italia*, a pesar de las numerosas ciudades italianas que visitó y comienza su lección con tintes de evocación y loa: «Hay sobre las bellas colinas que forman ancha base á los altos Apeninos una antigua ciudad cuyo nombre sobre toda la tierra ha resonado» (Guiteras 1868: 234) para, después de hacer un recuento de sus vicisitudes históricas, pero también de su contrastante permanencia y capacidad de reverdecer en comparación con otras ciudades antiguas, concluir que aún sigue siendo el centro, tal como escribiera en su diario: «Roma, la republicana, la imperial, la señora del mundo es hoy la capital del mundo cristiano» (188).

A diferencia de esta lección en que el autor procura ofrecer en imagen sucinta la historia y razón de la pervivencia de la ciudad romana como centro de irradiación, en las dos (XLIX y L) que dedica al Vesubio traslada al lector su emoción y la experiencia vivida por él al ascender a la cima del volcán. Comienza recordando cómo una noche de 1842 había llegado a la ribera del lago Ontario, donde presencié la majestuosa y violenta precipitación de las aguas del Niágara, y cómo desde ese momento deseaba experimentar la vivencia de la otra gran lucha, no ya del agua con la tierra, sino la del fuego del Etna y el Vesubio que había hundido ciudades enteras. Al fin ya no solo tenía la posibilidad de contemplar la magnificencia de este volcán, sino que, junto a su hermano Antonio, pudo disponer el ascenso a la cima del cráter con un guía experto, Giuseppe, contratado en Resina. Marcharon de noche a caballo y luego a pie en difícil ascenso, en el cual solo la luz de las antorchas ofrecía cierta claridad en medio de nubes y lluvia que en algún momento los obligó a resguardarse en una cueva formada por la lava. Al llegar a la cima y disiparse las nubes pudieron contemplar el profundo cráter. En la Lección L, *Conclusión de la anterior*, narra cómo bajaron a su interior donde «La idea del arrojado del hombre asalta allí vivamente» (Guiteras 1868: 103). Cuenta entonces cómo «A pesar de los vapores sofocantes, nos adelantamos hasta llegar al cono, pues el viento dirigía las piedras hacia un lado; y fuimos luego á tomar un poco de lava en la misma boca con la ayuda de unas tenazas que al intento llevaba el guía» (102-104).

Mucho más explícito resulta su diario donde, sobre su cercanía al cono, anota: «Horror daba ver aquel hervir las masas de lava, y desbordarse, y correr lentamente, adelantando a medida que las masas que vienen detrás aumentan el peso de las primeras y las hacen caer. Allí el calor era extraordinario [...] Todo es una terrible ebullición» (Aguilera 2010: 215).

Razón tenía Ramón Meza cuando al referirse a los escritos propios del autor en sus libros de lectura señala: «Muéstrase Guiteras observador, que á la fidelidad, exactitud y claridad de su impresión sacrifica toda gala y brillo de altisonante retórica: sencillo, breve, claro; en ocasiones, lacónico» (1908: 9), lo cual resalta aún más cuando se compara uno de sus pasajes con la emoción reflejada en el diario.

Al subir de nuevo al borde del cráter ya había salido el sol y el viento disipó la nube que lo cubría, de modo que fueron sorprendidos por el magnífico panorama que ofrecía la ciudad de Nápoles a sus pies. En el descenso fue que se percataron del dificultoso camino que habían seguido y, luego de recobrar los caballos, hicieron una breve parada en la ermita en la cual, al igual que en la subida, pudieron reparar sus energías con el vino Lacryma-Christie, producido en la zona. A las ocho de la mañana ya estaban de vuelta, se despidieron del guía y partieron de nuevo rumbo a Nápoles.

Aunque una buena cantidad de páginas de su diario están dedicadas a Herculano y Pompeya, al tiempo que sobre esta última comenta: «Ningunas ruinas inspiran más interés al corazón que las de esa ciudad que, al cabo de 17 siglos aparece fresca y hermosa como el día que sus habitantes la abandonaron, huyendo la ira del Vesubio» (Aguilera 2010: 232), no les dedicó ninguna de sus lecciones basadas en sus experiencias de viajero, sin que podamos aventurar sus razones en la medida en que en sus anotaciones figuran día a día sus visitas a museos que atesoraban obras encontradas bajo las cenizas, así como a las propias ciudades parcialmente desenterradas. Ciertamente tampoco publicó sus impresiones, bien reseñadas, por cierto, sobre las demás ciudades italianas que visitó: Pisa, Siena, Florencia, Boloña, Padua y, entre otras, la propia Nápoles, donde, al contemplar la bahía, no pudo menos que dar rienda suelta a la emoción sentida ante el suelo italiano engarzado en su recuerdo con la lejana patria:

¡Italia, Italia, yo te amo, hija del mar! La naturaleza te ha dado sus encantos, sus misterios, y los hombres de 30 siglos una mag-

nífica historia. ¡Infeliz el que no te ha visto, flor de Europa! El hijo de Cuba, que vino en pos de tus monumentos, admiro tu suelo, aunque con su sol de fuego tiene impreso en el pecho la virginal naturaleza de la tierra de las palmas, sin igual en el mundo. (218)

Sin embargo, también se echa de menos el que no haya dedicado un artículo, en particular, a Venecia, la última ciudad que visitó antes de dirigirse a Trieste, para partir desde allí con rumbo a Grecia y que, según anota en su diario, le impresionó grandemente desde el mismo momento de su arribo:

El primer día en Venecia es un encanto. Yo, después de recibir tantos desengaños, procuraba rebajar la idea que uno formaba de la ciudad de Dándolo: así es que la vista iba de sorpresa en sorpresa, i el pecho se me dilataba con un contento indefinible. Cuando atravesábamos por la mañana en una góndola las calles, me parecía un sueño ver las aguas del canal besando las puertas de las casas. Otras góndolas pasaban i todas enlutadas. Una infinidad de casas góticas con sus ojivas i sus columnas se presentaban a cada momento; parece que está uno viviendo en otro siglo; parece una novela viviente. (Aguilera 2010: 257)

Ese asombrado encanto de los primeros momentos se mantiene a lo largo del relato de su recorrido en góndolas de atavíos negros, mientras hilvana la historia de la ciudad y cuenta anécdotas como la referida por un gondolero sobre el fracasado cambio al color rosado que se propuso la Malibranch; describe la ciudad con el Rialto y los pequeños puentes, admira la plaza de San Marcos, «la joya terrestre» (Aguilera 2010: 259), y hasta descubre en el museo que: «Después de tanto admirar al príncipe de los coloristas en Madrid, en Roma, en Florencia, llego a Venecia, y en Venecia más admirable que en ninguna parte está Ticiano» (266). Al llegar el momento de la partida asegura que el recuerdo perdurará cuando de nuevo esté bajo el sol de Cuba, cuya pureza, lamenta, está cubierta por «tiniebla horrible» (268). Así que, al evocar la lejana patria, no puede evitar rememorar junto con su belleza la terrible situación que afronta por su estatus colonial. Finalmente, parte de noche en góndola todavía con la sensación mágica experimentada desde el principio, pero que en este último viaje adquiere nuevos tintes al calor de la tormenta que los sorprende en medio del recorrido: «yo bendije la tempestad que bajo tan magnifico aspecto me hacía contemplar a Venecia, como al verla p' primera vez bendije la

luna que le prestaba mayor encanto. Pero ya todo va a desaparecer i la luna que vendrá me verá lejos de la hija del mar. Adiós, Venecia, adiós» (269).

El hecho de que aún durante el viaje pasara sus simples anotaciones a un diario en que cuidadosamente deja constancia de sus experiencias, auxiliado, en ocasiones, de guías a mano, y sobre el cual vuelve una vez culminado el periplo, según se aprecia en apuntes al texto, al tiempo que lo conserva a lo largo de su vida, hace pensar que en todo momento tuviera en mente su publicación y solo tomara para su libro de lecturas algunas pasajes especialmente significativos a sus fines como educador donde, además de las tres lecciones pergeñadas en Italia, aparecen bajo su firma otras tres: *La Tierra Santa*, *Dos Matanceros en las Pirámides de Egipto* y *De Jafa á Jerusalem*.

Unos treinta y cinco años después un cubano, quien, al igual que Guiteras, fuera alumno dilecto de don José de la Luz y Caballero, pero que tendría unos cinco años cuando el joven Eusebio anotara sus impresiones, de nuevo da a la prensa un artículo sobre su estancia en Italia: en Turín, Milán y Venecia, y de alguna manera coincide en la estima de esta última ciudad con quien, ya por entonces, residiera en Filadelfia, alejados, tanto el uno como el otro, de su amado suelo natal por la vicisitudes políticas de la todavía colonia española.

En efecto, Enrique Piñeyro (1839-1911), profesor, orador, historiador, pero, sobre todo, reconocido como crítico literario, publica un libro en Nueva York, con fecha de 1880, *Estudios y conferencias de historia y literatura*, el cual, al decir de Enrique José Varona, «es, sin disputa, la obra literaria más notable que ha salido hasta ahora de la pluma de un cubano» (Vitier 1970: 12)⁷. En él se recogen conferencias y artículos anteriores entre los cuales aparece *Notas de un viaje por Italia*, datado en Venecia, en 1878, y que, posiblemente, haya publicado entonces en una de las revistas cubanas con las que solía colaborar.

Nacido en La Habana, con un padre catedrático universitario y educado en el colegio El Salvador, bajo la dirección de Luz y Caballero, luego de licenciarse en Artes permanece en este como educador antes de viajar a España para el estudio de Leyes, aunque defiende la licenciatura en Jurisprudencia a su regreso en la Universidad habanera, en 1863. Ejerce entonces

7 Varona escribe este juicio en la *Revista de Cuba*, justo cuando el libro acabe de editarse en Nueva York.

como subdirector del mencionado colegio, al tiempo que dirige algunas revistas y se distingue como escritor y orador; pero, al estallar la guerra independentista en 1868 emigra poco después y desde el exilio ayuda a la lucha emancipadora con sus mejores armas, las intelectuales. Participa en diversas misiones diplomáticas en pro de la libertad de su patria, al tiempo que continúa su labor al frente de revistas, así como en su condición de escritor y orador, hasta que, a fines de 1876, desalentado por las disensiones y antagonismos internos en el campo revolucionario, decide trasladarse a París, donde ha de residir hasta que regresa a Cuba después de la llamada Paz del Zanjón, que puso término a diez años de incesante batallar.

Con el fin de rescatar su patrimonio, permaneció en La Habana unos dos años, en los cuales se distinguió como conferencista y ejerció su profesión de abogado; pero la situación política se le hizo insoportable⁸ y parte de nuevo: primero a Nueva York, donde se casa, y luego se radica en París hasta el fin de sus días, sin dejar de escribir, publicar en revistas editadas también en Cuba y colaborar con la causa revolucionaria. Por consiguiente, es durante su primera estancia en Francia cuando toma el tren y se dirige de nuevo a tierras italianas, y digo de nuevo puesto que él mismo afirma que había visitado esas ciudades diecisiete años antes, es decir, cuando aún estudiaba en España, aunque no quedó constancia escrita alguna de ese primer viaje.

Así pues, quien a fines de 1877 llega a Turín en tren procedente de París es un hombre, un intelectual, defraudado en sus expectativas libertarias, al menos de momento, y ello se transparenta en la actitud que asume ante la ciudad que a su parecer carece del brillo apreciado por él en su primera visita una vez que ha dejado de ser capital de la nueva Italia. Algunos de sus compatriotas, al juzgar la obra de Piñeyro, han calificado su estilo como frío. Pero esta crónica sería un mentís, pues, desde los primeros párrafos, proyecta no ya sus ideas, sino sus experiencias y su sentir. Si Turín le parece una ciudad triste, inmediatamente asienta que conoce otras aún con «mayor abatimiento, como Venecia, por ejemplo» con la diferencia de que en todo caso la

8 «No pude resignarme y decidirme a vivir allí. La situación política de los cubanos en general, y particularmente de los antiguos insurrectos, me parecía humillante y difícil de soportar», escribió años después según cita Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura cubana*, t. II, p. 42.

vislumbra «como un mendigo con andrajos todavía de púrpura y que los ostenta para verlos relucir al sol» (Piñeyro 1980: 372).

En Turín la grisura de la ciudad le remite a su propio dolor: «yo también llevo luto en el alma» (Piñeyro 1980: 372), pero la estatua de Gioberti le recuerda sus tiempos juveniles en que conociera, a través de su maestro universitario, las teorías estéticas del italiano y que también él ofreciera en un principio a sus propios alumnos; mientras que la estatua de Cavour no coincide con la imagen que lleva en la memoria del hombre a quien rinde respeto. En Milán señala que solo dos lugares le inspiran particular recordación: el *Duomo* y el convento de Santa María de las Gracias donde, a pesar de los avatares, se puede admirar aún la obra de Leonardo.

Sin embargo, ya en la tercera parte del artículo, la más extensa, se advierte, en contraste con el juicio inicial antes citado, su entusiasmo ante una Venecia que le llama y hasta le sonríe, según apunta: «hallo en todas partes un cielo claro y un sol magnífico» (Piñeyro 1980: 378); mientras que la abundancia de turistas ingleses le lleva a reflexionar sobre cómo anteriormente autores de esa misma nacionalidad contribuyeron a la celebridad de la ciudad, de modo que la recorre con una mirada oscilante entre la literatura y la realidad constatada en sus paseos, puesto que, sin duda, Shakespeare, Byron, Shelley iluminan y atraen a los miles de visitantes, ingleses en su mayoría. Pero junto a este contrapunteo reclaman su atención los propios venecianos, que se pasean por el centro de la plaza mientras toca una banda militar, y la mayoría de las mujeres que llevan al descubierto sus cabellos cuyo color solo Ticiano supo captar. En definitiva, sucumbe ante el atractivo y belleza de la ciudad, aunque prontamente se recobre y concluya la ilusión que por un momento lo embarga:

Quando el cielo se muestra tan propicio como ahora, y un sol de otoño entibia estos días finales de diciembre, siente uno, reclinado en la góndola, al deslizarse sobre los silenciosos canales, que lo invade la embriaguez de la calma, y tal se dice que aquí pasaría tranquilamente el último tercio de su vida habituándose a amar la muerte, y verla venir como una dulce consoladora, en medio de esta quietud que parece una preparación para recibirla. (381)

Para el desencantado y atribulado cubano, las ciudades italianas devienen espejo de su propio estado anímico, con los recuerdos de días juveniles, de las esperanzas compartidas en

su primera visita y su desolación actual, aunque Venecia, más por sus habitantes que por sus edificaciones y obras de arte, le provoca expectativas melancólicas, pero de momentánea serenidad espiritual, aunque prontamente trate de sacudirse de tales “delirios” en tanto no cree «que haya verdadero placer en tan profundo engaño» (Piñeyro 1980: 381), según concluye al término de su artículo. Sin embargo, la misma violencia del rechazo y la necesidad de contar su experiencia, a diferencia de en su primera visita, haga pensar que el encanto de la ciudad obró de una manera u otra sobre su propia actitud, determinada por el fracaso de las esperanzas en la lucha recién librada por sacar a Cuba de su estatus colonial.

Casi coetánea con Piñeyro, pero unos diez años después del recorrido de este escritor por ciudades italianas, Aurelia Castillo de González (1842-1920) es la primera cubana que en funciones periodísticas, por encargo de *El país*, visita Francia, con motivo de la Exposición Universal de 1889, Italia y Suiza al tiempo que vierte sus impresiones en artículos, denominados por ella “cartas”, destinados a los lectores del periódico habanero: catorce en total, de los cuales en seis narra sus andanzas por Nápoles, Roma, Florencia, Venecia y Milán. A su regreso a La Habana publica *Un paseo por Europa*⁹, libro en el cual recoge las “cartas” junto con *Pompeya*, subtítulo *Poemita*; diminutivo más bien de carácter afectivo si tenemos en cuenta no solo su envío anterior al periódico, tal como refiere en la carta correspondiente¹⁰, sino que retoma y publica el poema una vez ampliamente revisado y anotado a la luz de los conocimientos adquiridos luego de haber publicado su primera versión.

Tal como deseara en su momento para sí el Marqués de Montelo, Aurelia Castillo se ha documentado y ha escrito el poema que unos sesenta años antes aquel pensara dedicarle a las renombradas ruinas de la ciudad romana desaparecida por la erupción del Vesubio. La recuperación arqueológica del momento en el cual quedó enterrada bajo la lava, vislumbrada por Castillo en su visita al lugar y a los museos e iluminada por los conocimientos adquiridos en la entrevista inesperada que sostuviera con Giuseppe Fiorelli -quien estuviera al frente de

9 Imprenta “La propaganda literaria”, 1891.

10 En *Carta VII* refiere respecto a su visita a Pompeya: «comencé también una composición poética, que remito por este correo» (Castillo 1891: 94), Se publicó en *Revista Cubana*, febrero y marzo 1890.

las excavaciones y el rescate de las figuras sorprendidas por la lava ardiente¹¹-, obran en Aurelia Castillo como razón suficiente para volver sobre sus primeras impresiones, revisar el poema y transmitir a sus compatriotas el sentir que, tanto la vida troncada de la antigua ciudad como su rescate contemporáneo, le inspiraban¹².

Aunque en las décadas finales del siglo XIX los nombres femeninos comienzan a tener cierto peso en las letras cubanas, sobre todo en el cultivo de la poesía, solo Castillo, cuya vida transitara entre exilios y estancias fuera de su natal Camagüey y de La Habana¹³, donde estableciera su residencia a la vuelta del primer destierro, parece capaz de moverse entre las distintas vertientes conformadoras del medio intelectual del momento, y su nombre aparece vinculado a una u otra figura relevante de la época y a periódicos de distintas tendencias. Desde sus primeros años juveniles cultivó tanto la poesía como la prosa en variados géneros (biografía, fábulas, cuentos, artículos en la prensa, prólogos), obra en la cual pone de manifiesto su preocupación por los problemas del país dado su estatus colonial, y se muestra defensora de las ideas independentistas, liberales, siempre a favor del progreso social, de los avances tecnológicos y, en especial, de la consideración debida a las mujeres y, en particular, a las escritoras.

Llegada a Nápoles desde París, admirada por la recién construida Torre Eiffel, por las máquinas y las obras de arte que acaba de contemplar en la Exposición, no tarda en emprender la subida al cráter del Vesubio. A diferencia de la aventura nocturna con toques épicos, narrada por Eusebio Guiteras, la expedición de Aurelia Castillo se lleva a cabo a la luz del día y en su relato deja constancia de las novedades introducidas por los ingleses, como el funicular y los servicios gastronómicos de la estación, para facilitar el acceso de los turistas, término recién acuñado por entonces, provenientes no solo de Europa, sino también de

11 Precisamente el poema está dedicado la ciudad de Nápoles y a «su esclarecido hijo el Sr. Senador José Fiorelli, por los sabios méritos que en el concurren como el más sabio investigador y conservador de las antigüedades pompeyanas» (Castillo 1891: 188). Sobre su entrevista en Roma con el arqueólogo nos cuenta, en la *Carta X*, cuando Fiorelli amablemente accediera a atenderla en la Dirección de Antigüedades y Bellas Artes de la cual estaba al frente.

12 Sobre el poema Cf. Campuzano 2014: 100.

13 En Guanabacoa, para ser precisos.

América del Sur, dada la creciente riqueza de algunos. Sube contemplando la belleza de la bahía de Nápoles y el paisaje, aunque en el último tramo debe esforzarse físicamente al rechazar la silla que le ofrecían y preferir terminar el trayecto por sus propios pies. Al igual que Guiteras, siente que tanto el Vesubio como el Niágara son los sitios de «sublime grandeza» (Castillo 1891: 87) en que se ha encontrado, pero a ellos suma la Torre Eiffel¹⁴; aunque finalmente no puede dejar de reflexionar, sobre todo, lo que significa el Vesubio en cuanto riqueza para la Nápoles de su época.

Si bien a Pompeya y a Herculano dedica la siguiente carta; dos, a Roma, la cual le provoca reflexiones comparativas entre el arte antiguo y el moderno; sin olvidar dejar constancia de otras urbes visitadas; ya en la *Carta XI*, fechada en Venecia, el 6 de abril de 1890, -aunque luego dedica una parte importante del texto a sus impresiones sobre ella- resume, en un principio, cómo cada una de las ciudades italianas visitadas tiene:

un sello especial, único suyo. Nápoles, ciudad volcánica, donde la naturaleza, desenfadada, desborda sus bellezas y sus furores; Roma, cuna y sepulcro de civilizaciones variadas; Florencia, pulido relicario de las artes; Bolonia, tabernáculo severo de la Edad Media; Venecia, una petrificación en el mar, con indelebles marcas del siglo XI, por lo menos. (Castillo 1891: 134)

De Bolonia marchó en tren a Venecia, y la rememoración de su arribo recuerda impresiones anotadas anteriormente por los compatriotas precedentes en su visita: los puentecillos, el Gran Canal, los hoteles a cuyas escalinatas se acercan las góndolas «como un coche a la puerta» (Castillo 1891: 137) y confiesa que, este espectáculo, no por esperado deja de producir «asombro y hace gracia» (*Ibidem*), pero después vienen las decepciones, aunque no deja de apreciar las «grandezas arquitectónicas y encantos de otro género que el tiempo no pudo arrebatarse» (*Ibidem*), así como la complacencia experimentada por sus habitantes y sus visitantes ante el entorno citadino.

A diferencia de Piñeyro, que una década antes advertía síntomas de depauperación en las tres ciudades recorridas, aunque,

14 «En la Torre Eiffel fue una impresión gozosa, vivamente expansiva. Ante las cataratas del Niágara, un sentimiento de admiración casi religiosa por aquella soberana majestad [...] En el Vesuvio (sic) me sentí anonadada» (Castillo 1891: 87).

en alguna medida, salvaba a Venecia, mientras se alegraba con los actos y la belleza de sus habitantes, al tiempo que le embargaba cierta momentánea armonía vital, Castillo la separa de las demás florecientes ciudades italianas y trata de buscar causas a su estancamiento, al tiempo que propone posibles medidas beneficiosas para su prosperidad, a pesar de advertir la dificultad de una apreciación exacta de tan complejos problemas en pocos días de estancia.

En la exposición parisina había admirado espejos venecianos que ahora no encuentra y, casi con espíritu detectivesco, empieza su búsqueda, al menos de una explicación. Repara en las prácticas comerciales, tan ajenas a las seguidas en las grandes tiendas europeas; en los objetos que se ofrecen a los visitantes, más o menos tradicionales, pero de pequeño tamaño y sin la calidad de aquellos que apreciara en París. Poco a poco se va enterando de cómo los afamados cristales se producen en otros lugares, mientras las fábricas venecianas han desaparecido, reducido o están al borde de la quiebra. La ciudad misma, piensa, agradecería una remodelación que mantuviera un centro tradicional, pero que se abriera a caminos y comodidades de la vida moderna, en tanto estima que no debe resignarse a vivir solo del turismo, que irá mermando al no encontrar las condiciones acostumbradas.

Por otra parte, su espíritu libertario se siente conturbado con mazmorras y antiguas galerías presidiarias subyacentes bajo los pisos de los palacios convertidos en museos, al punto de no poder apreciar las pinturas de Ticiano, por ejemplo, tan admiradas por Guiteras, quien también soñaba con la libertad de su patria. En fin, esta mujer, tan amante del progreso y las nuevas técnicas que procuran una vida más satisfactoria en las ciudades modernas, cambia la tónica usual de observaciones sobre el entorno ciudadano para tratar de exponer las causas y posibles soluciones del deterioro advertido en su visita. Sin embargo, admira el espíritu de quienes levantaron la ciudad sobre islotes, ganándole al mar en espacio, pero también en perdurabilidad, y cree que esa fuerza creadora del pasado debe inspirar a los contemporáneos para emprender las reformas necesarias y hacerse dignos descendientes de los fundadores. No deja de reconocer que existen en ese momento «varios monumentos patrióticos que hablan de su despertar» (Castillo 1891: 144) y por ello termina dando fe de sus expectativas:

Esperemos que Venecia se levantará también por completo de la postración á la que la han traído tan continuadas desventuras, y que, arrojando á un lado la ya quimérica corona del Adriático, descargada su cabeza de ese anticuado distintivo, que muchos se empeñan en conservar todavía [...]; enarbolará en sus gallardos mástiles la enseña del progreso y entrará a velas desplegadas y con silbidos de vapor en el abierto océano de la vida moderna. (145)

Si al joven Guiteras el clima, el mar, la luminosidad le hacían evocar sus lejanas tierras en donde, sin duda, mantendría vivo el grato recuerdo suscitado por Venecia; si Piñeyro, a pesar de proyectar en su recorrido por ciudades italianas su propio desaliento ante el fracaso de sus expectativas libertarias, no escapa al encanto veneciano; la periodista Castillo, sabedora de que sus “cartas” serían leídas en su tierra natal tan pronto llegaran, parece burlar la censura colonial al ofrecer un modelo de cuánto podría lograrse una vez que Cuba se despojara de la corona española.

De nuevo en su suelo natal publica *Un paseo por Europa*, al que pronto suma *Un paseo por América. Cartas de México y Chicago* (1895). Pero ya viuda, sin quien la había acompañado en todas sus andanzas desde 1875, debe partir de nuevo al exilio, en 1896, del cual solo regresa con la derrota de las tropas españolas, dos años después. Sin embargo, vuelve a Europa en 1905 y de su nuevo paso por Italia nos deja la traducción de *La hija de Yorio*, obra de Gabriele D’Annunzio, y el poema *Ante la erupción del Vesubio*, firmado en Nápoles, el 31 de mayo de ese año.

Más de quince años después de su ascensión hasta el cráter del volcán, resurge en la autora aquel anonadamiento que sintiera ante quienes alborozadamente subieran «como si Pompeya, Herculano y Estabias permaneciesen aún ignoradas en sus mortajas de lava» (Castillo 1891: 87). Aunque de nuevo se centre en la relación entre el Vesubio y Pompeya, no son las ruinas devueltas por la arqueología el objeto central del poema, sino la búsqueda de una explicación que encierre pasado y presente. El Júpiter todopoderoso de los antiguos poemas, preocupado por el arte de la ciudad y la iniquidad destructora de los seres humanos, obra de modo que el volcán convierta a la ciudad en un inmenso sepulcro. Pasados veinte siglos, el mismo dios, ya impotente, contempla las ruinas descubiertas, mientras, con melancolía, constata que salvó el arte pompeyano y lo hizo durar por siglos;

pero al entrever los esqueletos carbonizados «por cientos y por cientos de millares» (Castillo 1914: 127) esgrime como excusa y justificación: «Dicen que el fin los medios justifica» (*Ibidem*). Vuelve Castillo, por tanto, de cierta manera, a la indolencia de los visitantes ante los cadáveres apresados por la lava, pero quien antes se sintiera atraída por los avances científicos y técnicos que habían permitido el desenterramiento de las ciudades, en su vuelta a Italia parece volver sobre sí misma, pues, si bien en su primera visita confiaba en el destino de progreso que aguardaba a su patria una vez librada de su estatus colonial, sabe ahora que la independencia y la recién inaugurada república que todos soñaban se han visto frustradas por la intervención norteamericana; posible razón por lo que ante el Vesubio prefiera subrayar los dolores y muertes subyacentes como mentís de la excusa aducida por cualquier nuevo Júpiter.

Escrito el poema, ya en el siglo XX, Aurelia Castillo establece, por tanto, un puente entre los viajeros precedentes quienes procuraban transmitir sus experiencias de viaje a lejanos lectores, siempre marcadas por el contrapunteo con el recuerdo vívido de su patria, y quienes, en una nueva centuria, experimenten también la necesidad de dejar constancia de su sentir y de la imagen forjada a través de sus escritos.

Bibliografía

- Aguilera Manzano, J.M. (Ed.). (2010). *El pensamiento liberal cubano a través del diario de viaje de Eusebio Guiteras Font*. Sevilla: Editoras Junta de Andalucía, Consejería de innovación, ciencia y empresa, Escuela de Estudios Hispanoamericanos y Casa América Catalunya.
- Campuzano, L. (2014). «Pompeya en paredes y páginas cubanas del siglo XIX». *Cuadernos de Italianística Cubana*, 21, (93-101). La Habana.
- Castillo de González, A. (1891). *Un paseo por Europa*. La Habana: “La propaganda literaria”, tipografía.
- Castillo de González, A. (1914). Escritos de Aurelia Castillo de González y algunos de Francisco González del Hoyo, vol. IV. La Habana: El siglo XX.

- Guiteras, E. (1868). *Libro cuarto de lectura*. Matanzas: Librería “La primera de papel”.
- Martí, J. (1975). *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, ICL.
- Meza, R. (1908), *Eusebio Guiteras. Estudio biográfico*. La Habana: Impr. “Avisador comercial”.
- Monte, D. (2002). *Centón epistolario*, t. I. La Habana: Ediciones Imagen contemporánea, Biblioteca de Clásicos Cubanos.
- Piñeyro, E. (1980). *Prosas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Vitier, C. (1970). *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, t. II. La Habana: Biblioteca Nacional “José Martí”, Instituto del Libro.